

MUSEO HISTORICO NACIONAL

SERIE II

Nº XXIV

PERSONALIDAD MILITAR
DEL
GENERAL SAN MARTIN

Conferencia pronunciada el 13 de agosto de 1965
por el coronel D. Leopoldo R. Ornstein



MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA
SUBSECRETARIA DE CULTURA
Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos
1966

MUSEO HISTORICO NACIONAL

SERIE II

Nº XXIV

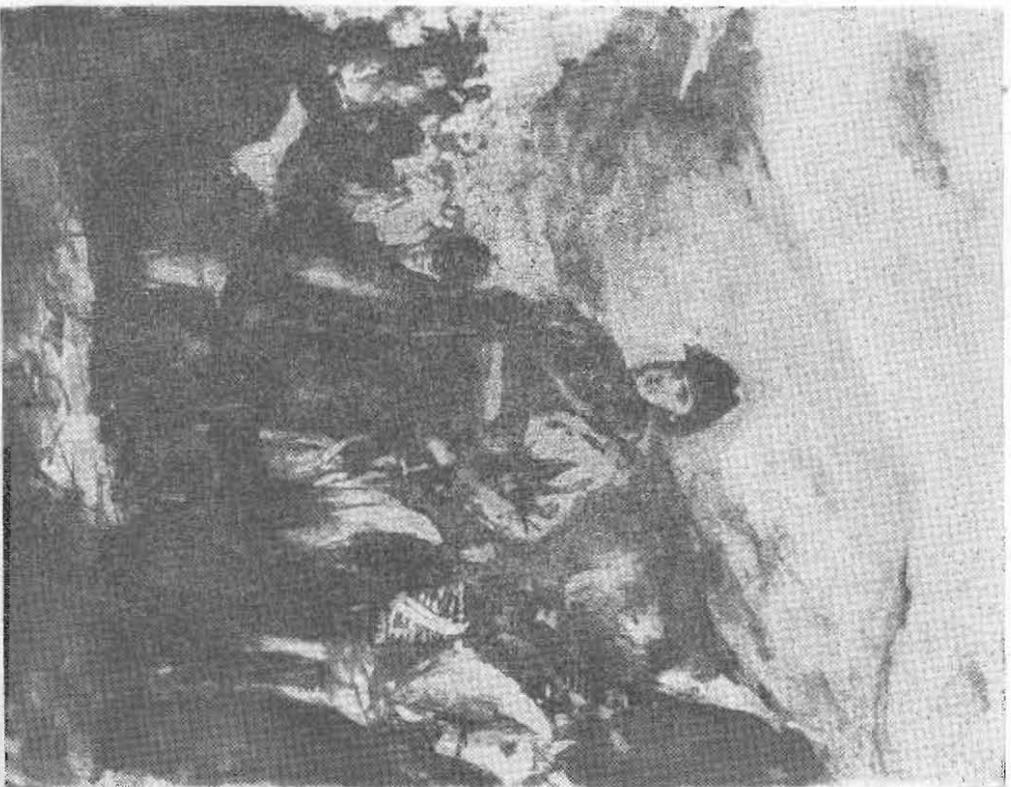
PERSONALIDAD MILITAR
DEL
GENERAL SAN MARTIN

Conferencia pronunciada el 13 de agosto de 1965
por el coronel D. Leopoldo R. Ornstein

DISTRIBUCION GRATUITA



MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA
SUBSECRETARIA DE CULTURA
Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos
1966



"SAN MARTIN EN LOS ANDES"
Acureña-Boceño por Pedro Subercaseaux

PALABRAS DE APERTURA DEL ACTO POR EL DIRECTOR
DEL MUSEO HISTORICO NACIONAL, Capitán de Navío Cont.
HUMBERTO F. BURZIO

EN vísperas de cumplirse el 115º aniversario de la muerte del Libertador San Martín, el Museo Histórico Nacional recuerda con este acto anual al más ilustre hombre de la historia argentina, recordación destinada a mantener con ánimo elevado el culto de las virtudes marciales y cívicas que nos legara quien, con su genio de guerra y moral política, dio blasón de nobleza republicana a la causa permanente e imbatible de los hombres libres.

La gratitud y devoción de pueblo y gobiernos a su memoria se manifestaron a poco de su desaparición, cuando acalladas las pasiones políticas de sus contemporáneos, pudieron medirse con serenidad lo invalorable de su contribución a la consumación de la independencia argentina y americana, tanto en los campos ásperos de la política, como en los gloriosos de la guerra.

A casi cinco generaciones de su paso a la inmortalidad, aquella gratitud y devoción se manifestaron unánimemente en la patria de los argentinos y fuera de las fronteras, se reconoce en él la proceridad de los elegidos para una grande obra.

El reconocimiento de sus excelsos valores morales ha salido del marco común del bautizo con su nombre de lugares y pueblos; ha rebasado la toponimia y la estatuaria al fundarse instituciones destinadas a conservar la pureza de su recuerdo, que complementan la evocación histórica de aquellas manifestaciones.

El 9 de julio de 1928 se inauguraba en Boulogne sur Mer la "Casa de San Martín", donde viviera y muriera, adquirida por suscripción del pueblo argentino a iniciativa de una comisión presidida por el entonces director del

Museo Histórico Nacional, doctor Antonio Dellepiane. El 5 de abril de 1933, al cumplirse el 115º aniversario de la batalla de Maipú, el doctor José Pacífico Otero declaró inaugurado el Instituto Sanmartiniano, en solemne acto realizado en el Círculo Militar de Buenos Aires, dándole las bases doctrinales y donando su esposa más tarde la reproducción del Grand Bourg, su actual sede. Ese apostolado sanmartiniano lo llevó al doctor Otero al Perú y en unión de distinguidos peruanos, fundó otro instituto hermano el 25 de febrero de 1935, cuya presidencia la ejerció un eminente historiador de añeja prosapia en la historiografía americana, el profesor Luis Alayza Paz Soldán y que hoy, desde hace tres lustros, lo preside el doctor Ricardo Cavero Egúsqüiza, ilustre y devota figura sanmartiniana que trabajó sin descanso para que el Perú tuviese también su casa, triunfando en su noble empeño al adquirir y adaptar un magnífico inmueble sito en la plaza Bolognesi, de Lima, que me tocara el honor de inaugurar el 31 de octubre de 1963, en mi carácter de embajador argentino.

El Museo Histórico Nacional que tiene por Patrono al Libertador por resolución expresa de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos, forma parte de esas instituciones desde su fundación como Museo de Historia de Buenos Aires en 1889, por el valioso acervo museográfico sanmartiniano que custodiaba. Desde entonces y especialmente a contar de 1891, que se transforma en Museo Histórico Nacional por decreto del presidente Carlos Pellegrini, por la cesión generosa que hiciera el Municipio de Buenos Aires, la institución siguió acrecentando los recuerdos de nuestro pasado, dispersos en establecimientos y oficinas nacionales, provinciales y municipales y en poder de particulares, especialmente las piezas relativas a las guerras de la Independencia, que hablan de la epopeya sanmartiniana y de la paradigmática vida de su conductor.

Merced al continuo esfuerzo de tantos años y muy especialmente a la sensibilidad de patria de una parte espiritualmente selecta de nuestra ciudadanía, se han reunido los trofeos y objetos que son el orgullo del Museo, al revivir para el pueblo con su presencia los hechos del pasado que configuran la tradición de la patria, sus glorias, sus pesares, sus angustias y exultaciones.

Como un homenaje a todos los donantes particulares que han contribuido a levantar con su patriotismo esta casa de las glorias argentinas, el Museo Histórico Nacional exhibe en este salón la carta original en la que la hija de San Martín, doña Mercedes San Martín de Balcarce y su hijo político don Mariano Balcarce, relatan los últimos momentos del Libertador con otros pormenores, donada últimamente por la señora María Salomé de Guerrico de Lamarca, en su nombre y en el de sus hijos, que con exquisita devoción y distinción espiritual de patria, destinó tan valioso como sentimental documento, al acervo histórico sanmartiniano de esta Institución. Públicamente reitero a la distinguida donante e hijos el profundo agradecimiento de la Nación y en particular, el de esta institución.

La mayor gloria del Libertador al término de su existencia en la tierra amiga de Francia, en exilio voluntario, reside que éste se lo impuso como deber de conciencia, antes de manchar su luminoso sable de la emancipación americana en una contienda fratricida. Guardó silencio ante la ingratitud de sus propios conciudadanos, que cegados por la pasión política, que no mira sobre la línea del horizonte donde se encuentran los supremos intereses de la patria, sino debajo de ella, donde medran las mezquinas conveniencias personales y de partido, prefirió el destierro y el silencio, con el renunciamiento que la historia ha recogido con admirativo respeto y que él concretara, al recordar el ataque de sus adversarios ocasionales en la máxima: "el silencio es una prueba difícil para mis

simple razón, de que año en año lo han hecho sus obras y estudios históricos y militares y su labor en institutos y en la docencia.

Sus inquietudes de estudioso lo llevaron desde el comienzo de su carrera a la tarea docente militar. Diplomado en la Escuela Superior de Guerra, fue profesor de Táctica, Historia Militar y Servicios de Estado Mayor de esa escuela, como así también, jefe de estudios del Colegio Militar de la Nación, sin dejar de ocupar por ello puestos de responsabilidad y jerarquía señalados por la ley orgánica del ejército como requisito de ascenso.

Pero no obstante su distinción en el desempeño de cargos específicamente técnicos, en el coronel Ornstein, en lo íntimo de su alma bullía la máxima virgiliana, "Trahit sua quemque voluptas", cada uno tiene una inclinación que lo lleva, que en su caso, era la tendencia a los estudios históricos.

Es autor de libros y folletos que lo revelaron como un historiador serio, con sentido de profundidad en la investigación documental, que otorgó originalidad a sus obras, cualidad tan difícil de poseer al escribir episodios de historia que ya han sido tratados por otros con anterioridad, mereciendo sus trabajos distinciones y premios.

Citamos de su nutrida bibliografía algunos de ellos, como ser: "La campaña de los Andes a la luz de las doctrinas de la guerra moderna"; "De Chacabuco a Maipú"; "La batalla de Sipe-Sipe"; "El estudio de la historia militar"; "Diccionario Táctico"; "Historia de la democracia argentina"; "La batalla de Pavón".

Asistió como representante o delegado a varios congresos de historia realizados en el país y en el extranjero. Descubrió las ruinas del fortín Picheuta y demarcó la ruta seguida por el Ejército Libertador en 1817, en el cruce del macizo andino.

Es miembro de número del Instituto Sanmartiniano

y de su Academia y de otras instituciones y autor de numerosos dictámenes encargados por esa H. Corporación, que han ratificado su profunda versación en las delicadas labores de asesoramiento a los poderes públicos.

Tal es a grandes rasgos la personalidad del conferenciante al cual el Museo Histórico Nacional tiene a mucha honra cederle su tribuna.

Coronel Ornstein: *Quedáis en el uso de la palabra.*

PERSONALIDAD MILITAR DEL GENERAL SAN MARTIN

La teoría de los grandes hombres, como propulsores principales de la Historia, ha sido secularmente discutida.

Sin embargo, es bien evidente que todos los hechos que configuran el acaecer histórico, desde los más simples hasta los más complejos, han tenido siempre su origen en eclosiones espirituales del hombre.

Esa manifestación del espíritu se ha proyectado luego sobre pueblos o sobre grandes agrupaciones humanas, hasta llegar a determinar a lo largo de una concatenación causalista el curso de los acontecimientos subsiguientes. Tan es así, que los hechos más trascendentales de la Historia son inseparables de los nombres de sus promotores originales.

Este rol individual, como factor principal del proceso histórico de la humanidad, ha sido reservado a los genios en todas las épocas. Y por más que se haya afirmado que el genio no es más que el producto de la sociedad que lo origina, la Historia prueba que es algo más que eso, puesto que, toda vez que apareció como actor de primera fila, lo hizo dotado de un conjunto de cualidades innatas, que no fueron comunes a los individuos coexistentes en el mismo medio social, sino exclusividad de uno solo de ellos. Esto es, precisamente, lo que les permitió erguirse en su hora como rectores de los acontecimientos que vivieron, a diferencia de los demás, que se limitaron a marchar a la deriva como materia inerte.

En este caso se encuentra nuestro prócer máximo, el General José de San Martín, cuya ascensión a la gloria conmemoramos en el nuevo aniversario de su fallecimiento.

Su acción rectora sobre los acontecimientos más trascendentales de nuestra emancipación es una evidencia que confirma la expresada teoría particularmente en

lo que se refiere a la genialidad del actor, que no fue en realidad un producto de la sociedad que lo engendró, sino la singular expresión de una recia personalidad militar tallada en los moldes de los más grandes capitanes del pasado.

¿Cómo se forjó esa personalidad? Indudablemente, numerosos rasgos de la misma deben buscarse en sus propias calidades innatas. Otras surgieron de una armónica conjunción del estudio y la reflexión. Pero, indiscutiblemente, fue la experiencia recogida en los campos de batalla y en la austera vida de campaña el elemento predominante en la educación de su espíritu para la guerra. De ella extrajo su clara percepción estratégica, su certero golpe de vista táctico, su profundo sentido orgánico, su férreo espíritu disciplinador y su notable mentalidad previsor, todo lo cual unió a una amplia comprensión de los hechos y de los hombres.

Su iniciación en las guerras de Africa, cuando aún era un adolescente, le reveló la importancia decisiva de la calidad sobre el número para alcanzar la victoria, detalle este que habría de reflejar posteriormente en la preparación de sus Granaderos a Caballo, del Ejército de los Andes, del Ejército Unido de Argentina y Chile y de la Expedición Libertadora al Perú.

La campaña del Rosellón, en la que participó junto al general Ricardos, uno de los más reputados tácticos de su época, le permitió aquilatar valiosas enseñanzas, especialmente, en el terreno de las sorpresas y ardidés de la guerra como factores inseparables de la ofensiva, principios estos que tan hondamente arraigarían en su conciencia para aplicarlos luego con éxito en las luchas de la emancipación sudamericana.

La guerra contra Portugal, que a pesar de haber sido denominada "jocosería" se manifestó como guerra de posición, y a continuación la realizada contra las movezizas huestes napoleónicas, le sirvieron para comparar métodos y procedimientos. En ambas pudo apreciar la

superioridad de la maniobra elástica, ágil y veloz sobre los dispositivos rígidamente aferrados al terreno y a sus bases de operaciones, resabios de anquilosados sistemas medievales que aún persistían en algunos ejércitos europeos, pese a las enseñanzas legadas medio siglo antes por Federico el Grande y que ahora explotaba Napoleón con rara maestría.

Torre Batera, Banyuls del Mar y Port-Vendres fueron otras tantas experiencias que le hicieron sentir en carne propia las penurias de la guerra defensiva y los gravísimos inconvenientes de las operaciones de larga duración, despertando en él, por antítesis, esa predilección que manifestó en las guerras americanas por las acciones rápidas, enérgicas y decisivas. "En 24 días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del Globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile". Tal reza en su primer parte al gobierno de Buenos Aires sobre la victoria de Chacabuco.

La defensa del castillo de San Telmo le enseñó el valor de las fortalezas como apoyo de los ejércitos de campaña. De ahí su preocupación constante en las operaciones de Chile y Perú para no dejar en poder de sus adversarios las formidables plazas de Talcahuano y El Callao.

Las operaciones a través de los Pirineos y la ofensiva de Dupont sobre Sierra Morena le mostraron las dificultades inherentes a la guerra de montaña, y también le hicieron comprender las grandes ventajas que puede obtenerse de una hábil explotación de esa clase de terreno para la maniobra sorpresiva.

La contraofensiva de Castaños en Andalucía, que culminó en la batalla de Bailén, así como también la campaña que dirigió el marqués de Coupigny, rubricada con la gran victoria de Albuera, le permitieron apreciar el verdadero rendimiento que puede exigirse a las tropas cuando luchan por la libertad de su patria, aun contra un enemigo superior en número y en calidad.

Si bien en su continuo guerrear por tierras africanas

y europeas nunca comandó fuerzas importantes porque siempre debió actuar como subalterno, demostró en cambio, toda vez que se presentó la ocasión, una extraordinaria habilidad para explotar las condiciones del terreno en las sorpresas, un extraño poder de sugestión sobre sus hombres y un valor personal que adaptaba sabiamente a las circunstancias, graduándolo desde la cautela inicial hasta la temeridad extrema, según las exigencias de cada situación, facultad ésta que revelaba el gran dominio que poseía sobre sus impulsos temperamentales. Así, mostróse osado y sereno en Melilla y en el sitio de Orán; cauteloso y medido en la protección de la retirada española hacia Port-Vendres; enérgico y estoico en San Telmo; heroico en Bailén; audaz en Albuera y asombrosamente temerario en Arjonilla, donde en el entrevero de una carga a caballo, se arrojó contra varios dragones franceses luchando a brazo partido. Uno de ellos se aprestó a herirlo por la espalda; pero fue abatido por un certero mandoble del húsar de Olivencia, Juan de Dios, que a la manera de un primer anticipo del sargento Cabral salvó la vida de su jefe.

Ese perfecto equilibrio que poseía San Martín entre su conciencia y su temperamento, fue lo que le permitió mantener siempre en sus manos el control de los acontecimientos sin dejarse arrastrar por ellos, y dominar tan sugestivamente a sus subordinados sin que jamás le perturbase el choque de las pasiones ni la presión de los factores adversos.

Su actividad guerrera en el viejo mundo hábale curtido en la ardua vida de campaña, proporcionándole los conocimientos básicos de una técnica de conducción propia y muy personal, que al aplicarla luego en las luchas de nuestra independencia con vívidos matices de una genialidad innata, le consagraría como el más destacado conductor de guerra surgido en el escenario militar americano.

Además, el estudio abrió amplios horizontes a su cultura; y aún cuando era enemigo de exhibirla, pues por lo

común era parco en palabras y reservado en sus opiniones, pudo sin embargo ser vastamente apreciada por quienes le conocieron y trataron en la intimidad. Poseía nociones de latín y hablaba correctamente en francés e inglés; había profundizado la filosofía y la historia, madurando luego sus conocimientos en el campo de sus propias reflexiones. Le eran familiares los métodos de los grandes capitanes del pasado, desde Aníbal y Alejandro hasta Federico el Grande, sin que hubiera dejado de observar las tácticas napoleónicas, que a la sazón se hallaban en auge. También había asimilado las doctrinas políticas y sociales de su época, con las que supo ubicarse sabia y patrióticamente en el drama histórico que le tocó vivir. La realidad fue su mejor escuela y la experiencia su gran maestra.

La primera manifestación de su talento se evidenció en el aspecto político. Al examinar la angustiada situación que emsombrecía el cielo de su patria en plena guerra, comprobó que existía un divorcio absoluto entre la conducción política y la militar. Ninguna de las dos obedecía a planes previamente establecidos. La primera se debatía en un confusionismo generador de enconadas luchas partidistas, que tan pronto enarbolaban como derribaban los principios de la Revolución de Mayo disgregando los esfuerzos y desviándolos de la finalidad primordial de la guerra. Y aún esta última oscilaba entre la emancipación definitiva y el mantenimiento de los derechos de Fernando VII. "Hasta ahora —decía San Martín— las Provincias Unidas han combatido por una causa que nadie conoce, sin bandera ni principios que expliquen el origen y tendencia de la Revolución". Efectivamente; la conducción militar era hondamente sacudida por las divergencias de gobiernos diferentes, que se sucedían con alarmante rapidez, y por la ausencia de objetivos precisos y claramente definidos, además de sufrir las funestas consecuencias de las improvisaciones. Improvisados eran los planes estratégicos, los ejércitos y los generales.

Comprendiendo que previamente era imprescindible organizarse, comenzando por las altas esferas políticas, fundó la Logia Lautaro. Con ella imprimió a la política revolucionaria un enérgico cambio de rumbo, con ella enderezó la conducción política, económica y militar de la guerra, con ella orientó todos los esfuerzos en una dirección común y con ella proyectó el ideario de Mayo fuera de las fronteras nacionales para alumbrar con él todos los ámbitos del Continente.

El año 1813 señaló el comienzo de su esplendente trayectoria en América. Aún no se le percibía bien en su patria. Sólo se le conocía por la mención de los servicios prestados a España y a través de la gallardía de sus Granaderos a Caballo, cuerpo que fundó a los pocos días de su arribo a Buenos Aires. Apenas unos pocos presintieron su destino en la Revolución desde la jornada del 12 de octubre de 1812, sobrecogidos por el imponente aspecto de aquellos centauros, que en tan breve tiempo habíanse transformado en una prolongación material y espiritual de su jefe.

En la alborada del 3 de febrero de 1813, la Historia anunció el surgimiento de un nuevo Libertador en América. Allí, en aquel pequeño campo encerrado entre el Paraná y un humilde convento, el coronel San Martín erigió su primer altar a la Patria, en un sorprendente combate de sólo un cuarto de hora de duración. Con 120 Granaderos se propuso derrotar a una expedición realista, procedente de Montevideo y constituida por 250 hombres de desembarco, a los que apoyaban la artillería de 11 naves.

La superioridad enemiga no le amilanó. Conocía bien la calidad de sus hombres y sabía lo que podía obtener de ellos con sólo evocar sus recuerdos de Arjonilla. San Lorenzo fue el lugar elegido por el adversario para tomar tierra. San Martín ocultó sus hombres en el convento y tan pronto como la expedición realista desembarcó lanzó a sus Granaderos en una impetuosa y arrolladora carga de doble envolvimiento obteniendo un éxito rotundo.

Así mediante un ataque combinado contra ambos flan-

cos del enemigo, basado en la sorpresa, abatió con tropas numéricamente inferiores a un adversario que lo doblaba en fuerzas y lo triplicaba en armamento. Era el clásico estilo de Aníbal, aplicado en una escala muy reducida, pero no por eso menos revelador del extraordinario golpe de vista del nuevo adalid argentino y de su habilidad para adaptar el procedimiento a las circunstancias precisas, al terreno y a la situación.

San Lorenzo fue menos que una batalla; apenas un combate de diminutas proyecciones estratégicas. No obstante, resultó algo así como una artística miniatura que reveló de golpe la mano de un eximio maestro.

El vencedor acababa de mostrarse como un destacado conductor de caballería, poseedor de los secretos de su organización, de su adiestramiento, de su táctica y de su psicología. Ya no se trataba de aquel temerario capitán de Arjonilla, que arrebatara la victoria a los primeros jinetes de Europa sin más recursos que su asombroso coraje y su desprecio a la muerte. Ahora se mostraba como un profundo conocedor de un arma decisiva en la época, y como un táctico consumado. No en vano habría de responder años más tarde a una difamación proferida por el general Brayer, diciendo: "Pero, ¿quién le ha dicho a ese señor que yo haya jamás tenido pretensiones de pasar por un buen general? Yo conozco la esfera de mis conocimientos y desearía que alcanzasen a saber mandar regularmente un regimiento de caballería."

Cuando a fines de 1813 la situación militar hizo crisis nuevamente con las derrotas sufridas por Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma, todas las esperanzas se volcaron en el vencedor de San Lorenzo. El gobierno de Buenos Aires le designó entonces Comandante del Ejército Auxiliar del Alto Perú.

Fue allí en el nuevo escenario de sus actividades, donde se manifestó la máxima genialidad de su visión estratégica, al abarcar el problema de la guerra en su real

magnitud. Mientras reorganizaba en Tucumán los restos del ejército patriota, estudió a fondo la situación militar, llegando a la conclusión de que las armas de la Revolución habían equivocado fundamentalmente el camino.

En efecto; el estudio del teatro de operaciones y de las campañas realizadas hasta ese momento en él le mostraban el siguiente cuadro:

La primera expedición libertadora al Alto Perú había logrado un éxito inicial en Suipacha; pero, luego, al pretender profundizar su penetración hacia el Norte, había finalizado con un desastre en Huaqui.

La segunda, mejor orientada en sus comienzos por Belgrano, obtuvo las brillantes victorias de Tucumán y Salta. Sin embargo, tan pronto como se internó en el territorio altoperuano fue derrotado en Vilcapugio y en Ayohuma.

Frente a estos resultados, San Martín preveía que lo mismo ocurriría con cuantas tentativas se hiciesen en esa dirección, dado que la naturaleza desértica y escabrosa de aquel terreno y la enorme extensión que adquirían las líneas de operaciones no ofrecían la menor posibilidad de alcanzar una victoria decisiva. Esa región se hallaba plagada de dificultades que esterilizaban todos los esfuerzos militares. Sus características montañosas, la escasez de recursos y la falta de caminos imprimían direcciones obligadas a las operaciones de guerra. Cualquier ofensiva que se intentase se estrellaría contra posiciones inabordables e imposibles de flanquear. En esas condiciones, los ataques frontales desgastaban las fuerzas, tanto más cuanto más se profundizasen las tentativas, proporcionando al enemigo la oportunidad de contraatacar con éxito en los momentos y lugares más convenientes para él. Por lo tanto, todo progreso de las armas patriotas en ese teatro de operaciones no dejaba de ser un engañoso espejismo. De un momento a otro tenía que ser bruscamente interrumpido por una contraofensiva realista. Si las dos expediciones realizadas habían fracasado por las causas se-

ñaladas, era inevitable que una tercera expedición al Alto Perú tuviese idéntico fin.

Los mismos hechos se encargaron de demostrar un año más tarde la exactitud de estas apreciaciones en el desastre de Sipe-Sipe.

En lo que respecta a las operaciones emprendidas por los realistas en el mismo lapso, ellas mostraban un cuadro análogo. La primera tentativa de Goyeneche para contener a los independientes fue coronada por el triunfo en Cotagaita; pero no tardó en morder el polvo de la derrota en cuanto avanzó a Suipacha. Del mismo modo, cuando Tristán pretendió llegar al corazón de las Provincias Unidas a favor de su triunfo en Huaqui fue sucesivamente batido en Tucumán y Salta. En cambio, cuando retrocedió hacia el Norte fortificándose en el terreno montañoso de la zona, halló excelentes oportunidades para triunfar en Vilcapugio y Ayohuma, reconquistando las ventajas perdidas anteriormente.

Las operaciones militares adquirirían allí las características de una interminable maniobra de vaivén, que no conducía a una victoria decisiva a ninguno de los beligerantes. Tal era la experiencia recogida a través de los cuatro años transcurridos desde que se iniciaron las hostilidades en ese frente. Asimismo, el objetivo a alcanzar en esa dirección era la línea del Desaguadero, límite septentrional del Virreinato del Río de la Plata, objetivo que de ninguna manera garantizaba la expulsión definitiva de las fuerzas españolas, dado que no podría evitarse por ello que el foco principal de la dominación realista, asentado en Lima, prosiguiese enviando ejércitos sobre la frontera argentina. Consecuentemente, la emancipación de las Provincias Unidas no sería un hecho mientras no se destruyese aquel baluarte enemigo situado a más de 2.000 kilómetros de distancia; dos mil kilómetros de montañas, de desiertos, de inclemencias naturales, de fatigas y penurias sin fin, de esfuerzos sobrehumanos, que esca-

paban a toda posibilidad de superación con los tan limitados recursos de la época.

Por lo tanto, era preciso cambiar de ruta; buscar otro camino que, aunque más largo, no presentase las insalvables dificultades del complicado escenario altoperuano. El nuevo camino estaba en el mar: el Océano Pacífico.

El territorio chileno, donde también los patriotas habían levantado el estandarte revolucionario, sería la base de partida de una expedición marítima que volcaría los esfuerzos directamente sobre la capital del Perú. Para ello sería necesario conducir un ejército bien adiestrado, equipado y abastecido a través de la Cordillera de los Andes, batir los últimos núcleos de la resistencia española de Chile y organizar todos los elementos requeridos para llevar las armas libertadoras al ex-imperio de los Incas.

El peligro de nuevas invasiones realistas por el norte podría ser eficazmente contrarrestado con una activa guerra de guerrillas a desarrollar por Güemes y sus gauchos, ya que ese procedimiento había obtenido óptimos resultados durante las anteriores campañas del Alto Perú.

Así nació en la mente del Gran Capitán, ya en los comienzos del año 1814, aquella genial solución estratégica que llevaba en germen la libertad de un continente. Los lineamientos generales de su nueva concepción quedaron concretados en la conocida carta que envió a Nicolás Rodríguez Peña con fecha 22 de marzo de ese año:

“La patria —le decía— no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra permanentemente defensiva y nada más. Para eso bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es echar al pozo de Ayron, hombres y dinero. Ya le he dicho a Vd. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos... aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar Lima. Ese es el camino y no éste. Convénzase Vd. que hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará.”

Este audaz proyecto, examinado en su fisonomía estratégica y en la forma de buscar los objetivos fundamentales, lleva el sello de una maniobra napoleónica. Eludir el choque frontal y recurrir al envolvimiento estratégico en gran escala para obligar al adversario a aceptar la batalla decisiva, cortándole sus líneas de comunicaciones y de retirada, era el camino que siempre buscó el Emperador francés para llegar cuanto antes a una rápida definición de la contienda con las mayores probabilidades de éxito. Pero, con todo, debemos destacar que, en cuanto a su ejecución habría de diferir notablemente de las que realizó el Gran Corso. La mayor amplitud del escenario de guerra, la enorme longitud de las líneas de invasión, la travesía de una de las más elevadas cadenas montañosas del globo, la conquista previa del dominio del mar y la combinación de operaciones terrestres y marítimas sin disponer de ejércitos, escuadras, armas, materiales, equipos ni dinero, excede a todo lo que la humana fantasía hubiera podido imaginar entonces y en cualquier época de la Historia.

Pero no olvidemos que San Martín era también un organizador genial. Y así extrajo de Cuyo el ejército inmortal; de Buenos Aires las armas y el dinero; de las fraguas de Fray Luis Beltrán las pólvoras, municiones y demás implementos del equipo; de la audacia chilena una escuadra completa y de su temple de acero, de su carácter indomable, la fuerza de voluntad para doblegar ante su planta todas las vallas que le opusieron las circunstancias, los hombres, y la Naturaleza.

Pero, no había terminado todavía de forjar el arma con que cortarías las cadenas de la opresión, cuando cayó vencida la revolución chilena en Rancagua. Este contraste modificaba fundamentalmente la situación militar. Ahora, la primera etapa de la nueva trayectoria libertadora no sería ya el simple cruce de los Andes para eliminar las últimas resistencias realistas, sino que esta operación preliminar debía transformarse en una penosa y gigantesca

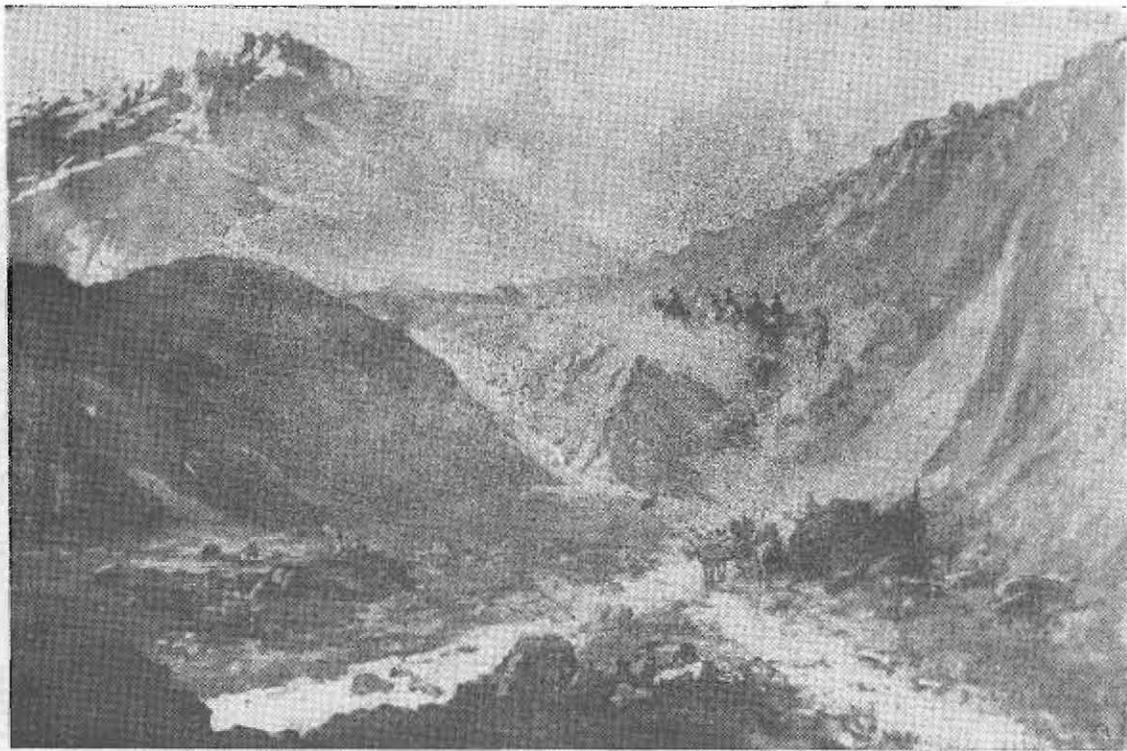
maniobra a través de la inmensa mole andina, que permitiese llegar en el menor tiempo posible a una batalla decisiva contra las victoriosas fuerzas peninsulares, a fin de reconquistar la independencia de Chile.

Nuestro Libertador no se arredró por ello. Preparó tesonera y minuciosamente su campaña. Comenzó con un servicio de espionaje jamás igualado en las guerras americanas, para mantenerse informado al detalle de la situación y movimientos del adversario; desarrolló a continuación su famosa guerra de zapa o guerra fría, típica de las contiendas actuales, y mediante ingeniosos ardides obligó al comando enemigo a dispersar sus fuerzas en un frente montañoso de 800 kilómetros de amplitud para debilitarlo en todas partes, mientras organizaba el ejército que escribiría las páginas más gloriosas de la independencia de América.

Finalmente, después de prolijos reconocimientos del terreno y cuidadosos preparativos, que no dejaban nada librado al azar, inició la magna empresa.

Con el grueso de sus fuerzas dividido en dos columnas, mientras que con otros cuatro destacamentos secundarios atraía la atención del enemigo en direcciones divergentes, emprendió la ascensión de la gigantesca masa montañosa, maniobrando simultáneamente por seis líneas de invasión en un frente de 800 kilómetros de amplitud.

Los extensos recorridos realizados a través de un verdadero desierto de granito, por sendas tortuosas y escarpadas laderas, conduciendo el material y los abastecimientos a lomo de mula; el escalamiento de alturas hasta de 5.000 metros (Paso Espinacito en la ruta de Los Patos); la forma en que fueron salvadas las cumbres y franqueados los precipicios, afrontando el frío mortal de las alturas y el brutal castigo de los vientos blancos, obligando al mismo tiempo al enemigo a desgastar sus fuerzas en marchas y contramarchas, sin perder más que un solo hombre (que había salido enfermo de Mendoza), es algo



SAN MARTIN EN LA CUESTA DEL PORTILLO
Oleo de F. Coppini.

que ha llamado justamente la atención de destacados historiadores militares europeos, al punto de haberse encarado seriamente el estudio de esta campaña en las escuelas de guerra de Berlín y Viena ya en la última década del siglo pasado.

Algunos tratadistas han establecido un parangón entre el paso de los Andes con el de los Alpes por Aníbal, primeramente, y por Napoleón después. La similitud es muy relativa, por cuanto difieren en forma muy pronunciada las dimensiones y características geográficas del teatro de operaciones, como también los medios y recursos con que fueron superadas en cada caso ambas cadenas orográficas. Esas diferencias son, precisamente, las que presentan la hazaña de San Martín como algo único en su género.

En efecto: Aníbal cruzó los Alpes por caminos que ya en esa época eran muy transitados, por ser vías obligadas de intercambio comercial. Y aunque no pueda afirmarse que su transitabilidad fuese fácil, tampoco debe considerarse que pudiera presentar grandes dificultades, puesto que el general cartaginés pudo llevar consigo elefantes, carros de combates y sus largas columnas de abastecimiento.

San Martín atravesó los Andes por empinadas y tortuosas huellas, por senderos de cornisa que sólo permitían la marcha en fila india, imposibilitado materialmente de llevar vehículos y debiendo conducir a lomo de mula su artillería, municiones y víveres, aparte de haber tenido que recurrir a rústicos cabrestantes e improvisados trineos para salvar las más abruptas pendientes con sus cañones. ¿Habría podido Aníbal franquear las cinco cordilleras de la ruta de Los Patos, escalando con elefantes y vehículos los 5.000 metros del Paso Espinacito?

En cuanto a la maniobra napoleónica, examinada en términos comparativos con la de San Martín, podemos apreciarla fácilmente con los siguientes datos ilustrativos:

| NAPOLEON | SAN MARTIN |
|---|--|
| <p>Conduce el grueso de su ejército por el Gran San Bernardo salvándolo a 2.500 metros de altura, con todos sus vehículos y artillería, incluso la pesada.</p> | <p>Conduce el grueso de su ejército por la ruta de Los Patos y traspone 5 cordilleras, de las cuales la más elevada es franqueada por el Espinacito a 5.000 mts. de altura, sin poder llevar ningún rodado.</p> |
| <p>Acompaña el avance principal con cuatro destacamentos secundarios:</p> <ul style="list-style-type: none"> —Destacamento Thurreau por el Monte Cenis (3.600 metros). —Destacamento Chabrán por el Pequeño San Bernardo (2.200 metros). —Destacamento Bethancourt por el Simplón (2.000 metros). —Destacamento Moncey por el San Gotardo (2.100 metros). | <p>Acompaña el avance principal con una división menor y cuatro destacamentos secundarios:</p> <ul style="list-style-type: none"> —División Las Heras por los pasos Iglesias (3.400 metros) y Bermejo (3.300 metros). —Destacamento Zelada por el paso Comecaballos (4.100 mts.) —Destacamento Cabot por el paso de Guana (4.200 metros). —Destacamento Lemos por el paso Portillo y Paso Piuques (4.500 metros). —Destacamento Freyre por el paso Planchón (3.800 metros). |
| <p>Amplitud del frente de operaciones: 160 kms.</p> | <p>Amplitud del frente de operaciones: 800 kms.</p> |
| <p>Ancho de la zona montañosa alpina: 100 kms.</p> | <p>Ancho de la zona montañosa andina: 350 kms.</p> |
| <p>Alturas máximas franqueadas. Con el grueso: 2.500 metros. Con destacamentos: 3.600 metros.</p> | <p>Alturas máximas franqueadas: Con el grueso: 5.000 metros. Con destacamentos: 4.500 mts.</p> |
| <p>Recorridos máximos y mínimos: 280 y 135 kms. respectivamente.</p> | <p>Recorridos máximos y mínimos: 750 y 380 kms. respectivamente.</p> |
| <p>Recursos: en la zona alpina existían varios centros poblados y valles con producciones diversas.</p> | <p>Recursos: en la zona andina era total la ausencia de poblaciones. Valles áridos sin productos de ninguna clase.</p> |

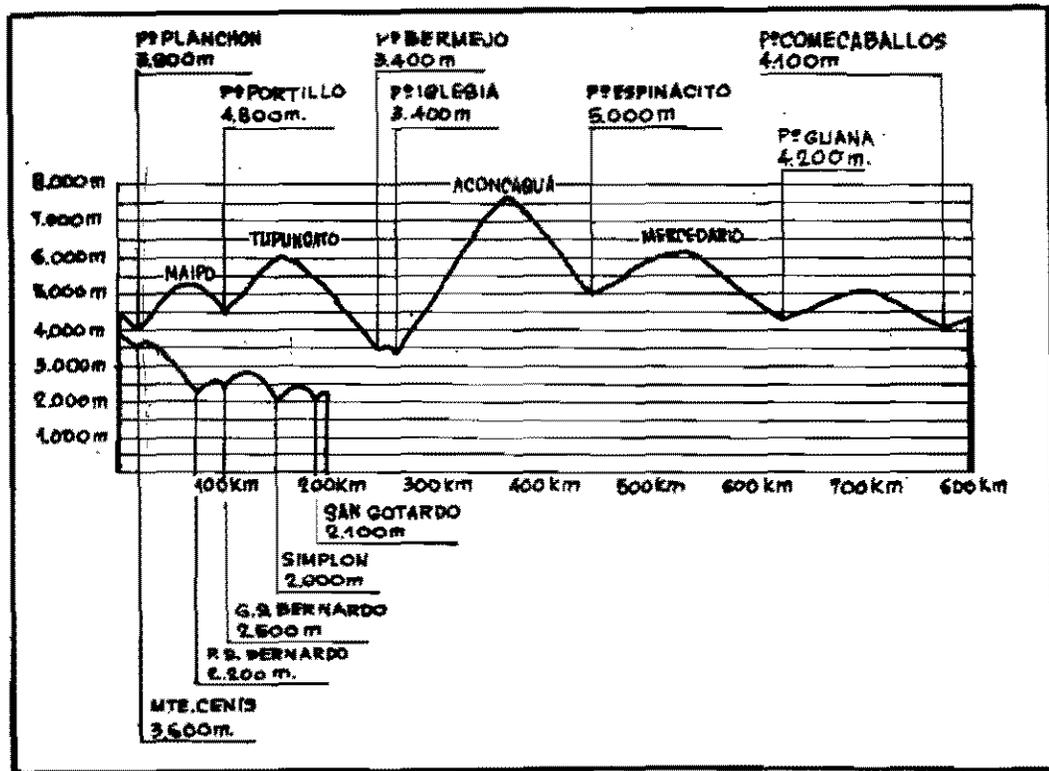


Gráfico comparativo del paso de los Andes por San Martín y del paso de los Alpes por Napoleón.

En cuanto al lugar donde se produciría el choque con las fuerzas principales realistas al desembocar en Chile, San Martín había previsto tres eventualidades:

1ª — Si el enemigo atacaba a la columna de Las Heras, por tenerla más próxima, San Martín se lanzaría contra la retaguardia de aquél con el grueso del Ejército de los Andes, que franquearía las cumbres por Los Patos.

2ª — Si los españoles avanzaban hasta el valle de Aconcagua tratando de contener al grueso de las fuerzas patriotas, San Martín lo atacaría frontalmente, mientras Las Heras haría otro tanto por las espaldas de aquéllos.

3ª — Si el adversario, ante la incertidumbre de la verdadera dirección del avance de los libertadores, no se movía de Santiago hasta conocer por dónde penetrarían éstos en Chile, la batalla se libraría muy probablemente al N. de la capital chilena, ya fuere en el Portezuelo de la Colina o en las serranías de Chacabuco. Esta era la hipótesis que San Martín consideró más probable y la que ocurrió en la realidad.

En base a estas posibilidades planeó el avance. Las maniobras ejecutadas por el ejército patriota con matemática precisión, condujeron a la reunión en el valle de Aconcagua, por cuanto el jefe enemigo, general Rafael Maroto, no avanzó más allá de la hacienda de Chacabuco.

El 12 de febrero de 1817 tuvo lugar el encuentro. Un ataque frontal a cargo de O'Higgins y un envolvimiento por el flanco O. conducido por Soler fue la maniobra táctica, planeada por San Martín sobre el mismo campo de acción. Tan pronto como comenzó a diseñarse la victoria, fueron lanzados los Granaderos a Caballo por el otro flanco, completándose así un doble envolvimiento. De este modo la batalla terminó con una maniobra de cerco en la que se logró la destrucción de las fuerzas vencidas, a costa de muy pocas pérdidas en las filas de los independientes.

Nuevamente vuelve a comprobarse en Chacabuco el

estilo de Aníbal, aplicado con una técnica precisa, con acertado criterio táctico y con un completo dominio de la situación, de las circunstancias y del terreno.

Un año más tarde, ante las proporciones asumidas por la campaña al S. de Chile y el fracaso sufrido por O'Higgins frente a Talcahuano, San Martín tuvo que interrumpir sus gestiones para organizar la expedición al Perú y retomó la conducción de las operaciones. De inmediato se dirigió al encuentro del enemigo, que había sido reforzado con importantes efectivos procedentes de Lima. Pero, al llegar a las proximidades de Talca, una subestimación de la verdadera capacidad del comando realista indujo a San Martín a cometer un error, que facilitó al enemigo un sorpresivo ataque nocturno en Cancha Rayada. El Ejército patriota se dispersó desbandándose en la obscuridad, con excepción del batallón de Las Heras que, enérgicamente conducido por su jefe, se mantuvo en su posición y desorganizó el ataque enemigo paralizándolo durante toda la noche.

San Martín no se abatió ante la adversidad. Señaló como punto de reunión de los dispersos la ciudad de Santiago, donde concentró y reorganizó los restos de su maltrecho ejército y en sólo un par de semanas lo puso en condiciones de enfrentarse nuevamente con el victorioso adversario.

Estimulado por el éxito obtenido, el general Mariano Osorio prosiguió el avance al frente de sus tropas con la intención de apoderarse de la capital chilena, ignorando que San Martín lo esperaba con todas sus fuerzas en las proximidades del río Maipo, al S. de Santiago.

La batalla se inició en los Llanos de Maipo el 5 de abril de 1818 al promediar el día. En el primer momento, el general argentino empleó el orden paralelo de antiguas épocas, dado que el terreno no facilitaba maniobras de gran envergadura. Durante la lucha, contrarrestó con acertadas y oportunas medidas un éxito local del coronel



El paso de los Andes, en el Depto. de General San Martín, al P. de las Yungas, provincia de Mendoza.
"EL PASO DE LOS ANDES"
Oleo por Augusto Ballerini.

realista Ordóñez y con el empleo de su reserva pasó al orden oblicuo de Federico el Grande para terminar con un envolvimiento del ala N. enemiga con los Granaderos a Caballo y con otro por el S. con la caballería de Freyre. Con pleno dominio de los acontecimientos y el control de sus hombres, San Martín condujo paso a paso a su adversario hasta la última fase de la batalla, tal como lo había planeado, y obtuvo una victoria que fue la de mayor repercusión estratégica y política lograda hasta ese momento en todo el ámbito de la revolución por la emancipación americana.

Esta batalla se decidió en cinco horas y en ella se irguió nuestro Gran Capitán ante la historia militar de todos los tiempos como el único general, que a los quince días de haber sido derrotado y dispersadas todas sus fuerzas, se vuelve contra el vencedor y con los mismos restos del ejército batido por aquél le asesta el golpe mortal que consolida la independencia de dos naciones.

La Expedición Libertadora al Perú muestra también interesantes facetas de esta excepcional figura guerrera.

Al margen de su tesonera lucha para llevar a término la campaña continental, cuya preparación le demandó más de dos años, demostró amplios conocimientos en materia de operaciones combinadas y anfibas. Así, luego de constituir su escuadra a base de las presas hechas al enemigo, dispuso la realización de dos campañas marítimas para conquistar el predominio en el mar y asegurar el transporte de la expedición a las costas peruanas, campañas que llevó a cabo con sorprendente éxito el almirante Cochrane y en las que se cubrió de gloria la naciente marina chilena.

Las maniobras ejecutadas con la flota patriota en el litoral peruano para sorprender y desorientar al adversario sobre el verdadero lugar del desembarco del ejército libertador y las atrevidas empresas encomendadas a Cochrane contra el Callao y al general Arenales en la Sie-

rra, fomentando la insurrección en las provincias septentrionales del Perú, con un ejército de 4.500 hombres en un territorio defendido por 23.000 soldados aguerridos, hasta lograr apoderarse de Lima, defendida por 7.000 hombres, mediante fintas y amenazas, son otras tantas revelaciones de la inspiración que guiaba a este conductor, tan hábil para encarar la dirección política de la guerra como la de sus operaciones navales y militares.

Circunstancias adversas impidieron al Libertador, en la fase final de su trayectoria redentora, elevar sus efectivos al nivel requerido para abatir el último núcleo del poder realista en América. No le quedó otro recurso que esperar la concurrencia de Bolívar, cuyo avance hacia el S. facilitó enviándole una expedición auxiliar, la que, al mando del general Sucre, intervino exitosamente en la campaña de Quito, rubricada con el coraje temerario de Lavalle en Río Bamba y la decisión de Santa Cruz y Olazábal en Pichincha.

En ese interín, una expedición realista acudió desde Jauja a socorrer a la guarnición española del Callao, que se mantenía aislada en la plaza. En esa ocasión San Martín no poseía fuerzas ni medios suficientes para atacar esa fortaleza. Sin embargo, se propuso derrotar a la fuerza auxiliadora enemiga con aquella táctica de simples maniobras y fintas que estuvo en boga en la época pre-federiciana. Con una hábil combinación de movimientos amenazantes obligó a su adversario a recostarse contra el mar, quitándole el espacio necesario para combatir y obligándolo a refugiarse en la fortaleza que pretendía socorrer. Consumidos rápidamente los víveres de la misma por los inesperados salvadores, éstos tuvieron que huir hacia la Sierra, dejando sin recursos a la guarnición de la fortaleza, que se vió forzada a rendirse. Toda esta operación se ejecutó sin disparar un solo tiro.

Con todo, la situación política ya no era favorable a San Martín. Después de la entrevista con Bolívar en Gua-

yaquil, abdicó para emprender su peregrinación al ostracismo. Pero, antes de abandonar el Perú hizo entrega al gobierno limeño de su último plan de campaña, el mismo que proyectara cuando esperaba el concurso de Bolívar. En ese plan, considerando que los realistas se hallaban con todas sus tropas concentradas en el valle de Jauja, había proyectado un gigantesco envolvimiento, basado en un ataque frontal con una fuerte división argentino-peruano a dirigir desde Puertos Intermedios hacia aquel valle y una doble maniobra envolvente con el ejército colombiano desde el N. y con efectivos chilenos y argentinos desde el S. Tendía nuevamente a librar la batalla clásica de Aníbal, pero recurriendo esta vez a maniobras de ejércitos convergentes, tales como la de Federico el Grande en Praga y la de Napoleón en Ulm, aunque en un marco estratégico considerablemente más amplio y en un teatro de operaciones mucho más complicado.

Fue este el último destello que irradió la genialidad de aquel meteoro, que voluntariamente desvió su órbita de la esplendente luminosidad de las victorias para sepultarse en las sombras del destierro.

Es, por lo tanto, cada detalle que surge del estudio de su actuación militar en España y en América, lo que muestra la real expresión y la talla de la personalidad de este extraordinario conductor de guerra y cuyos rasgos principales se concretan en:

1º — Su profundo y amplio conocimiento de la guerra, a la que dedicó la mayor parte de su vida y que llegó a dominar situándose en lo interno y no en lo externo de ella. Esto le permitió comprenderla, más que como un acto bélico, como un fenómeno inseparable de

yaquil, abdicó para emprender su peregrinación al ostracismo. Pero, antes de abandonar el Perú hizo entrega al gobierno limeño de su último plan de campaña, el mismo que proyectara cuando esperaba el concurso de Bolívar. En ese plan, considerando que los realistas se hallaban con todas sus tropas concentradas en el valle de Jauja, había proyectado un gigantesco envolvimiento, basado en un ataque frontal con una fuerte división argentino-peruano a dirigir desde Puertos Intermedios hacia aquel valle y una doble maniobra envolvente con el ejército colombiano desde el N. y con efectivos chilenos y argentinos desde el S. Tendía nuevamente a librar la batalla clásica de Aníbal, pero recurriendo esta vez a maniobras de ejércitos convergentes, tales como la de Federico el Grande en Praga y la de Napoleón en Ulm, aunque en un marco estratégico considerablemente más amplio y en un teatro de operaciones mucho más complicado.

Fue este el último destello que irradió la genialidad de aquel meteoro, que voluntariamente desvió su órbita de la esplendente luminosidad de las victorias para sepultarse en las sombras del destierro.

Es, por lo tanto, cada detalle que surge del estudio de su actuación militar en España y en América, lo que muestra la real expresión y la talla de la personalidad de este extraordinario conductor de guerra y cuyos rasgos principales se concretan en:

1º — Su profundo y amplio conocimiento de la guerra, a la que dedicó la mayor parte de su vida y que llegó a dominar situándose en lo interno y no en lo externo de ella. Esto le permitió comprenderla, más que como un acto bélico, como un fenómeno inseparable de

la evolución de los pueblos y penetrar consecuentemente en su verdadero sentido humano, capacitándolo así para afrontar sus problemas inherentes, no sólo con los dictados de su preclara inteligencia, sino muy particularmente con inspiraciones extraídas de lo más profundo y sutil de su espíritu. Por eso proyectaba siempre su visión a distancia, enfocando el porvenir. No fue, por lo tanto, un general improvisado como aquellos que hasta esos momentos combatían por la independencia americana sufriendo los más dolorosos fracasos. Fue un cabal conductor de guerra calcado en los moldes de Alejandro, Julio César, Federico el Grande y Napoleón, cuyo espíritu y principios supo absorber con una flexibilidad que le permitía adaptar los procedimientos a las modalidades exigidas por cada tipo de guerra cualesquiera que fuesen el escenario geográfico, los recursos y los medios disponibles. Esto es lo que explica aquella deslumbrante expresión de su visión estratégica continental, incomprendida por sus contemporáneos, pero que, pese a ello, trazó la trayectoria libertadora de tres naciones. Y así se comprende también el origen de esa ductilidad que reveló en la admirable aplicación del tipo de guerra más adecuado a cada región geográfica, desde la simple guerra de guerrillas hasta la batalla del más puro corte clásico.

29 — La amplitud y profundidad de su mentalidad estratégica, que le habilitaba para percibir y comprender de inmediato la naturaleza y la dimensión real de los problemas que la guerra le planteaba y para hallar la solución exacta de cada uno de ellos, concordante con la situación política, con las posibilidades económicas y con los recursos disponibles. De este modo ajustó hábilmente sus planes a las circunstancias precisas que conformaban a cada situación, evidenciando en todos los casos el sello inconfundible de la más alta escuela de conducción de guerra de la época, representada hasta ese momento por Aníbal, Federico y Napoleón.

3º — Su certero golpe de vista para aplicar en cada situación el procedimiento más adecuado a la misma, evitando incurrir en una rutina que pudiese proporcionar a sus adversarios la posibilidad de arrebatarle la victoria. De ahí que le hayamos visto recurrir en cada caso a un procedimiento diferente: el ataque sorpresivo de doble envolvimiento en San Lorenzo, el empleo de la guerra de guerrillas en el N. y la de zapa en Chile como prelude de la gigantesca maniobra de los Andes, la batalla de cerco típica de Aníbal en Chácabuco, el orden oblicuo de Federico en Maipo, los arriesgados desembarcos demostrativos en las costas peruanas y finalmente la maniobra típica del siglo XVIII, maniobra sin batalla, pero triunfante, que puso en sus manos la más formidable fortaleza española del Pacífico.

4º — Su profundo sentido orgánico y disciplinador, que le indujo a huir de las improvisaciones y a crear los medios más aptos para cada teatro de operaciones, dotándolos de la máxima eficiencia como máquina de guerra. La organización del Regimiento de Granaderos a Caballo, del Ejército de los Andes, del Ejército Combinado de Argentina y Chile y de la Expedición Libertadora al Perú ponen de relieve con caracteres inconfundibles su desarrolló instinto previsor, su clarividencia para extender sus miras hacia el futuro, sus profundos conocimientos técnicos en la materia y su extraordinario poder de sugestión sobre sus hombres para inculcarles el más exaltado patriotismo, un claro sentido del deber y aquel valor temerario que impulsó a todos ellos a realizar actos de arrojo que sólo parecían ser exclusivos de los poemas de Homero y Virgilio.

5º — Su carácter indomable y su férrea voluntad que le inducían a derribar todos los obstáculos que obstruían su camino hacia los ideales que su conciencia le señalaba. Sólo así pudo erguirse de entre los escombros de Cancha Rayada y destrozarse quince días después a su vencedor. Y

con la misma firmeza inquebrantable superó todas las vallas que se opusieron a su expedición al Perú.

6º — Su valor personal de características tan singulares, que él podía medir racionalmente graduándolo desde la cautela inicial hasta la más extrema temeridad, según los tonos exigidos por cada situación. No era por lo tanto, el coraje irreflexivo que enceguece arrollándolo todo, sino el que requería cada circunstancia y que sabía poner al servicio de su inteligencia para regularlo con la debida intensidad, ya fuere para animar a sus hombres con el ejemplo o para fulminar a sus adversarios con la rapidez y energía de sus ataques.

7º — El perfecto equilibrio que existía entre su conciencia y sus impulsos temperamentales, gracias al cual mantuvo siempre en sus manos el control de los acontecimientos sin dejarse arrastrar por ellos, y pudo ejercer ese dominio tan sugestivo sobre sus subordinados y sobre cuantos le rodeaban, sin que jamás le perturbase ni el choque de las pasiones ni la influencia de los factores adversos, así como tampoco pudieron enredarle los conflictos políticos ni las luchas fratricidas, ni nada pudo apartarlo del derrotero trazado por su destino, ni aún cuando quisieron encandilar su conciencia presentando ante su vista el centelleante resplandor de una corona imperial.

8º — Todos estos rasgos, unidos al excelso patriotismo que proyectó su corazón por todos los ámbitos de América y al profundo sentido humanista que le sirvió de luminaria para interpretar su misión redentora, son trazos de una personalidad que el embate de los siglos jamás podrá esfumar en la penumbra del tiempo ni como genio de la guerra ni como arquetipo de la argentinidad.

PUBLICACIONES DEL MUSEO HISTORICO NACIONAL
DESDE 1935

- 1935 — *Homenaje al Libertador José de San Martín*. Ricardo Levene: *San Martín. Síntesis de la Historia Argentina* Federico Santa Coloma Brandsen. *El Museo Histórico Nacional e inauguración de las Nuevas Salas*. Buenos Aires, 34 pp.
- 1935 — Ricardo Levene. *Síntesis Sobre la Revolución de Mayo*. Buenos Aires, 1935. 28 pp.
- 1936 — Gustavo Franceschi. *Síntesis Biográfica de Fray Justo Santa María de Oro*. Buenos Aires, 1936. 8 pp.
- 1939 — *Cincuentenario del Museo*. Homenaje a su fundador Adolfo P. Carranza. Discurso del Dr. Ricardo Levene. Palabras de los doctores Ramón J. Cárcano y Adolfo F. Orma. Discurso del Sr. Antonio Apraiz. Buenos Aires, 1939. 32 pp.
- 1939 — *El Museo Histórico Nacional en su Cincuentenario. 1889-1939*. Buenos Aires, 1939. 277 pp.
- 1940 — Benjamín Villegas Basavilbaso. *Significación Moral del Testamento de San Martín. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1942. 32 pp.
- 1941 — Plano explicativo del Museo Histórico Nacional. 6 pp.
- 1941 — Emilio Ravignani. *Nuevas Aportaciones Sobre San Martín Libertador del Perú. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1942. 32 pp.
- 1942 — J. C. Raffo de la Reta. *Filosofía Sanmartiniana. El Deber, como Causa Determinante de su Acción. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1942. 39 pp.
- 1943 — Juan Pablo Echagüe. *La Última Lección de San Martín. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1943. 42 pp.
- 1944 — Mario Belgrano. *San Martín y Belgrano. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1945. 36 pp.
- 1945 — Héctor R. Ratto. *Aspectos Navales de la Estrategia del Libertador. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1947. 31 pp.
- 1947 — *Gabinete Numismático del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires, 1947. 8 pp.
- 1948 — Eduardo Acevedo Díaz. *El Paso de los Andes, camino a través de Cuatro Cordilleras. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1948. 60 pp.

- 1949 — *El Gabinete Numismático del Museo Histórico Nacional*. Ciudad de Buenos Aires, Año MCMXLIX. 64 pp.
- 1951 — Catálogo del Museo Histórico Nacional. Tomos I y II. Buenos Aires, 1951.
- 1952 — Catálogo de Documentos del Museo Histórico Nacional. Tomos I - II y III. Buenos Aires, 1952.
- 1952 — Selección de Documentos del Museo Histórico Nacional. Tomo I. Buenos Aires, 1952.
- 1956 — Ricardo R. Caillet Bois. *San Martín y el Ejército del Norte. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1956. 33 pp.
- 1957 — Raúl A. Molina. *San Martín en Buenos Aires hasta el Combate de San Lorenzo. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1957. 36 pp.
- 1958 — Carlos M. Gelly y Obes. *General Indalecio Chenaut. 1808-21 de mayo - 1958. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1958. 54 pp.
- 1958 — Ricardo Piccirilli. *San Martín y la Logia Lautaro. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1958. 40 pp.
- 1959 — Oscar E. Carbone. *El Patrimonio de San Martín. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1960. 40 pp.
- 1960 — Bonifacio del Carril. *Notas sobre la Vida y la Obra de San Martín. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1961. 43 pp.
- 1960 — Catálogo del Periodismo e Imprenta Argentina. Inauguración del Salón Exposición en el Museo Histórico Nacional. 7 de junio de 1960. 233 pp.
- 1960 — Humberto F Burzio. *Museo Histórico Nacional. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1962. 48 pp.
- 1961 — Armando Braun Menéndez. *San Martín y la Expedición Libertadora del Perú. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1962. 48 pp.
- 1962 — *Guía explicativa del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires, 1962. 8 pp.
- 1962 — J. C. Raffo de la Reta. *San Martín en Mendoza. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1962. 48 pp.
- 1963 — Horacio C. Rivarola. *San Martín en la Educación Argentina. Conferencia*. Buenos Aires, 1963. 32 pp.
- 1964 — José Carlos Astolfi. *San Martín el Hombre y el Medio. Ensayo de interpretación de una conducta. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1965. 68 pp.
- 1965 — Leopoldo R. Ornstein. *Personalidad Militar del General San Martín. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1966. 40 pp.